

Los funerales de Don Jesús Jiménez, Cantón Central de Cartago, Costa Rica, 1897
Guillermo Brenes Tencio*
[gmobrs@hotmail.com]

“Si de recuerdos nacionales se trata,
más valen los lutos que los triunfos
puesto que imponen deberes; y
demandan un esfuerzo en común”.
Ernest Renan

Resumen

En el ocaso del siglo XIX, los funerales de Estado eran momentos de carácter solemne para entronizar una figura emblemática en la memoria colectiva. Así, en febrero de 1897, el óbito del expresidente de la República Dr. Jesús Jiménez Zamora (1863-1866 y 1868-1870), dio pábulo a una gran ceremonia fúnebre con acentos conmemorativos, donde tomaron parte activa distintos sectores sociales. El entierro de don Jesús Jiménez tuvo lugar en el Cementerio General de la ciudad de Cartago.

Palabras clave: Jesús Jiménez Zamora. Funerales. Estado-Nación. Costa Rica. Siglo XIX.

Abstract

The funeral rites of Don Jesus Jimenez, Central Canton, Cartago, Costa Rica, 1897
During the last decade of the nineteenth century, State funerals were moments of solemnity to incorporate an emblematic figure in the collective memory. Thus, in february 1897, the death of the distinguished ex-president of the Republic, Dr. Jesús Jiménez Zamora (1863-1866 and 1868-1870) provided an opportunity for a great funeral ceremony with significant commemorative emphasis. In this mournful act, diverse social sectors participated. Dr. Jesús Jiménez's burial took place in the General Cemetery of the city of Cartago.

Key words: Jesús Jiménez Zamora. Funerals. Nation-State. Costa Rica. XIX Century.

* Educador e historiador. Trabajó como asistente de investigación en la Universidad de Costa Rica y en el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. Autor de varios artículos publicados en la *Revista de Ciencias Sociales*, en *Escena: Revista de las Artes*, y en la *Revista Herencia*, todas de la Universidad de Costa Rica. Colaborador del bisemanario *Cartago en La Nación*. Dirección electrónica. Quiero dejar constancia de mi más profundo agradecimiento a María Cecilia Vega y a Fernando Murillo por la corrección filológica y de estilo de este trabajo. De gran valor fue la revisión acuciosa del texto, las correcciones y las sugerencias que hizo la doctora Patricia Fumero Vargas. Desde luego, soy el único responsable por los errores.



I. Preliminar

En las postrimerías del siglo XIX, los funerales de los “grandes hombres” (patricios, beneméritos, servidores del Estado y otros personajes ejemplares) eran momentos de carácter solemne para entronizar sus figuras en la memoria de la comunidad de ciudadanos, que es la nación moderna. Y, el culto laico a los padres tutelares del Estado-Nación, era una de las expresiones del patriotismo decimonónico, con el fin de inspirar en las masas una conciencia nacionalista y de adhesión al orden republicano. (Harwich, 2003) Cuando traspasaban el umbral de la muerte, parecería el momento más adecuado para ingresar en la historia. Héroes y próceres tenían el mérito de encarnar la nación en la cabeza y el corazón de los individuos – ciudadanos y, al mismo tiempo, de proporcionar un ejemplo por seguir. De tal forma, en la personalidad de bronce de los “muertos gloriosos”, las elites modelaron una serie de valores éticos y cívicos y los brindaron al imaginario colectivo como un discurso uniforme e ideológicamente motivado. (Mínguez y Chust, 2003; Smith, 1998 y Villena, 2002)

Debe decirse que el Estado costarricense, en la época del auge liberal (1870-1914), procuró transferir lealtades tradicionales hacia sí mismo apoyándose en diferentes herramientas. Una de ellas fue sacralizar las figuras más emblemáticas de la galería histórica nacional por diversos medios; por ejemplo, los funerales o las conmemoraciones de sus centenarios. Era parte de un complejo proceso de invención y reproducción del simbolismo nacional que se manifestó en discursos, himnos, libros de texto, folletos, ceremonias públicas, retratos de los exgobernantes, monumentos, estatuas, entre otros. (Palmer, 1992; Fumero, 1998 y Quesada, 2001). El apoyo que la educación ofreció al Estado fue determinante al brindar el contenido cívico mediante la enseñanza de la historia y el respeto a los símbolos e iconos nacionales, donde las ceremonias y todo el conjunto de conmemoraciones inventadas por los grupos dirigentes, fueron los eslabones de la memoria oficial de la nación. Se entiende,

entonces, que el óbito del ex –Presidente de la República Dr. Jesús Jiménez Zamora diera pábulo a una gran ceremonia luctuosa de carácter oficial. El entierro de alguna personalidad, además de servir como pretexto para un ceremonial más o menos elaborado, se encargaba también de inculcar un mensaje histórico que repetía fielmente el credo que sólo algunos aprendían en las escuelas. El objetivo de este trabajo es abordar uno de los ejes del proceso de construcción de la tradición patria: los honores fúnebres a los ex presidentes más notables, como sacralización de la nación.

¿Es necesario la muerte de un ciudadano notable para elevarlo a la condición de “padre de la patria”? Desde el punto de vista teórico, asumimos que los homenajes a los héroes nacionales – padres de la patria son de carácter funerario, pues la muerte es, en cierta forma, indispensable para alcanzar tal condición. Las fuentes de información para elaborar este trabajo fueron básicamente primarias, ubicadas en la Biblioteca Nacional “Miguel Obregón Lizano”, en el Archivo Nacional de Costa Rica y en el archivo de la Municipalidad del Cantón Central de Cartago.

3

2. La figura de Jesús Jiménez, reverenciada a través de sus funerales

A las once de la mañana del viernes 12 de febrero de 1897, fallecía en la ciudad de Cartago, tras una prolongada enfermedad, don Jesús Jiménez Zamora, septuagenario y lleno de merecimientos. Desde los primeros días de ese año, la prensa costarricense se preocupó por informar de la salud de Jiménez que mermaba minuto a minuto. En un telegrama que circuló en el diario *El Pabellón Liberal* del 13 de febrero, se decía: “... la Parca inexorable ha privado á Costa Rica de uno de sus primeros hombres públicos, quien se sacrificó en aras de la Patria prestando á la Nación distintos y valiosos servicios en todas las esferas de la Administración Pública. –Cartago está de duelo y con mucha razón, pues ha desaparecido de su seno- para siempre- un ciudadano útil, ya como médico, ya como patriota, ya como hombre de consejo, y ya en fin, como jefe de una familia ilustre”. (*El Pabellón Liberal*, 1897: 2) Desde las columnas de *El Heraldo de Costa Rica*, el licenciado Anselmo Volio Jiménez apuntaba en este mismo sentido que: “Don Jesús Jiménez el gran patriota ha muerto! El contemporáneo de esa

pléyade de hombres que se llamaron, Julián Volio, José Ma. Castro, José Ma. Montealegre, Eusebio Figueroa y cuantos más que ocupan posición gloriosa en los fastos de nuestra historia, diminuta como la que más, pero en hechos de alta empresa, rica en abundancia y en lecciones para la posteridad repleta, hoy paga su tributo á esa madre exigente, que así nos da el ser como nos lo arrebató. Era don Jesús Jiménez, indudablemente de esa clase de hombres, que siempre han sido en la historia y en la vida y que no obstante parecen escasear en el resto de la humanidad ... Cuando se descende á la tumba como el Licenciado don Jesús Jiménez, después de haber cumplido á satisfacción con los deberes de padre y de ciudadano, se debe estar tranquilo sobre el fallo de la posteridad y exclamar con las palabras del profeta: "En vuestras manos encomiendo mi alma". (El Herald de Costa Rica, 1897: 2-3)

¿Quién fue y qué hizo don Jesús Jiménez? Jesús María Ciriaco Jiménez Zamora nació en el seno de una de las familias más distinguidas e influyentes de la "muy noble y muy leal" Cartago, el 18 de junio de 1823. Sus padres, don Ramón Jiménez y Rodríguez de Robredo y doña Joaquina Zamora y Coronado, descendían de las familias fundadoras de la provincia de Costa Rica. (Mata, 1999: 573) Médico graduado en el Protomedicato de la Universidad de San Carlos Borromeo de Guatemala, fungió como Diputado, Gobernador de la ciudad de Cartago en la década de 1850, luego Secretario de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública; y después, como Vicepresidente y Presidente de la República en dos ocasiones (1863 – 1866 y 1868 – 1870). El abogado y periodista Guillermo Vargas Calvo, en un opúsculo publicado en San José en 1903, señaló con nitidez los objetivos de la acción gubernativa de don Jesús Jiménez: '*El programa administrativo del Presidente Jiménez abarcó con esmero tres puntos principales: reconstrucción de la Hacienda pública, fomento de la instrucción pública, ensanche de las vías de comunicación. Es decir, cuanto se relaciona más directamente con el progreso material y moral de los pueblos*'. (Vargas, 1903: 10)

El 25 de enero de 1850 contrajo matrimonio con doña Esmeralda Oreamuno Gutiérrez, dama de distinguido linaje, cuando ella tenía quince años y él veintiséis. Procrearon

siete vástagos, en cuenta Manuel de Jesús y Ricardo Jiménez Oreamuno. En abril de 1870, al ser derrocado por un golpe militar dirigido por el coronel Tomás Guardia Gutiérrez, hubo de partir al exilio. A su regreso a Costa Rica (1873), no volvió a intervenir en asuntos políticos. En 1875 fue Rector y Director del Colegio de San Luis Gonzaga. El 26 de julio de 1886, el Congreso Constitucional por decreto XLVIII le confirió unánimemente el honroso y merecido título de Benemérito de la Patria. (Argüello, 1963; Bonilla, 1985; Echeverría, 2004; González, 1979; Mata, 1999; Soto, 1901 y Vargas, 1903). Los diarios josefinos, nacionales por extensión, publicaron necrologías y rasgos biográficos de don Jesús Jiménez, en los cuales se ponía de manifiesto su nobleza y honestidad en el manejo de las arcas públicas; su desvelo constante por la educación pública, gratuita y obligatoria; así como la estimación y aprecio que sentía por él la sociedad costarricense. Ninguno recordó sus errores como hombre público y de Estado.

En uno de los panegíricos mejor redactados, el editorialista de *La Gaceta* se expresaba de la siguiente manera: “... *Puede asegurarse, sin temor de incurrir á exageraciones, que la Patria ha perdido, con la muerte del Benemérito don Jesús Jiménez, uno de sus primeros y más conspicuos hombres. Nunca tan justificados como ahora, por consiguiente, el duelo de la sociedad y el de la Nación en presencia del triste suceso que deploramos, y que no por temido desde hace muchos días, ni por obedecer á leyes inflexibles y fatales hiere menos el sentimiento público... muere con los fulgores de la virtud sobre la frente, coronado á la vez por la nivea diadema de los años y por la no menos blanca y esplendorosa de una vida sin mancilla*”. (*La Gaceta*, 1897. Citado en: Mata, 1999: 125-126)

La Prensa Libre, en una gacetilla publicada el día 13, al dar cuenta del óbito de Jiménez Zamora, se lamentaba:

“¿*Qué costarricense al saber la triste nueva de la muerte de ese egregio ciudadano, no derrama una lágrima, no dedica un recuerdo á la memoria del que fue fiel servidor, a nuestra patria? Nosotros sentimos en el alma tan desgraciado acontecimiento,*

haciéndonos partícipes del dolor que... experimenta la familia del Licenciado Jiménez. Costa Rica siente esa pérdida irreparable". (La Prensa Libre, 1897: 3)

La República publicaba un editorial en los siguientes términos: "...Pocos de los nombres que engalanan las páginas de nuestra historia, resplandecen con tan pura luz cómo el del señor Jiménez. Patricio fue por su origen de familia, pero más, si cabe, por su conducta privada y por la nobleza de que dio muestras en su vida pública". (*La República*, 1897: 3). El editorialista destacó "la inmaculada vida de trabajo y honradez" de Jiménez Zamora.

El gobierno autoritario de Rafael Iglesias Castro (1894 – 1902) dispuso realizarle al expresidente cartaginés un gran funeral de Estado, con honores de general de división, y el embanderamiento a media asta de todas las edificaciones públicas. Honores públicos para "... las preciosas cenizas del ilustre ciudadano que se sacrificó en aras de la Patria". (*La Prensa Libre*, 1897: 3) La ceremonia luctuosa fue una coyuntura importante para Iglesias, pues actividades como esa son fundamentales para fomentar una nueva religión, la "religión de la patria" y su cohorte de "santos seculares". Justamente, las Secretarías de Gobernación y de Guerra quedaron encargadas de los preparativos concernientes a la ceremonia civil y parareligiosa. (ANCR. Congreso, 1897: fols. 3-3 v) Ninguna persona de distinción se excluiría de la ceremonia.

Al sepelio fueron invitados los presidentes de los Supremos Poderes de la Nación, los Designados a la Presidencia de la República (1°. Licenciado José Joaquín Rodríguez Zeledón, 2°. Doctor Carlos Durán Cartín y 3°. Licenciado Ascensión Esquivel Ibarra), Secretarios y Subsecretarios de Estado, el Arzobispo de Guatemala, el Obispo de la Diócesis de Costa Rica y altos dignatarios de la Iglesia Católica, el Cuerpo Diplomático y Consular, la Corte Suprema de Justicia y los miembros de la Facultad de Medicina y del Colegio de Abogados. Además, se exhortó la participación de los expresidentes don Aniceto Esquivel Sáenz y don Bernardo Soto Alfaro; los gobernadores y jueces de

Primera Instancia; el Estado Mayor; los jefes de las oficinas administrativas de San José y de Cartago; y los representantes de la prensa y de los municipios y otras corporaciones públicas. El rango del difunto hizo que en su despedida se reunieran las autoridades más importantes del Estado. En el marco de las difíciles relaciones entre el Estado Liberal y la Iglesia Católica especialmente después de que las autoridades eclesiásticas habían apoyado al partido opositor en las elecciones presidenciales de 1894- el Alto Clero y el gobierno de Rafael Iglesias Castro se unían en un objeto común: testificar un homenaje luctuoso por el alma de don Jesús Jiménez Zamora. En esas circunstancias, el funeral de Estado organizado en memoria de Jiménez, le ofreció a la Administración de Iglesias un espacio para tejer una política de conciliación nacional. (Vargas, 2002: 313) Las ceremonias públicas no sólo cumplen un papel conmemorativo sino que tienen un alto contenido político.

El pueblo costarricense fue convocado mediante varias excitativas publicadas en diferentes periódicos. Al hacer un balance de esa participación, la prensa insistió en el orden y la compostura demostrada por los ciudadanos.

En Cartago, según una crónica del periódico *El Herald de Costa Rica*, la corporación municipal se “... reunió inmediatamente, y dictó las medidas necesarias a nombre de sus comitentes, á fin de que en el concierto oficial, no faltase la nota del ayuntamiento, que, por derecho se conceptuaba guardián de las veneradas reliquias”. (*El Herald de Costa Rica*, 1897: 2) El Concejo Municipal, presidido por el Dr. Moisés Castro Fernández, se reunió extraordinariamente para manifestar su pesar y adoptar una serie de acuerdos para homenajear póstumamente a don Jesús Jiménez. Entre los honores que se acordó otorgar está la adquisición de un retrato al óleo del patricio (en sus años de ancianidad) y una corona fúnebre. Desde la cima del Palacio Municipal ondeaba, a media asta, el Pabellón Nacional, con un crespón negro. Y, en virtud del duelo público, en las ventanas y balaustradas del edificio municipal, se colocaron cortinas de ese color. El encargado de la decoración luctuosa del Palacio Municipal de Cartago fue don Clodomiro Ortiz. (AMC. Libro de Actas No. 24, 1897: fols. 20-23)

El poder civil -tanto estatal como local- no sólo participaba en la ceremonia luctuosa con su presencia, sino que también la organizaba.

El cadáver de don Jesús, representado como si estuviera durmiendo plácidamente, se embalsamó. A finales del siglo XIX, tal procedimiento servía, sobre todo, para transmitir a los muertos famosos y venerados algo de la incorruptibilidad de los santos. La muerte se presenta, pues, no como un drama humano, sino como un consuelo redentor que marca el paso hacia la eternidad. (Ariés, 2000) El ataúd, cerrado a medias, dejaba al descubierto la cabeza y el pecho del exgobernante. Fue custodiado en un sobrio aposento en el espacio de su casa de habitación por sus más caros familiares y allegados, afligidos por el dolor y rígidamente vestidos de negro, hasta las seis de la tarde del día trece. Momento en que los funcionarios municipales -trajeados de riguroso luto y con crespón negro en el brazo- se presentaron a trasladar, escoltados por un disciplinado contingente de artillería, los restos del prohombre cartaginés a la capilla ardiente en el umbroso y espacioso convento de San Francisco de Asís, ubicado a escasas dos cuabras al sur del Parque Central de Cartago.

8

El templo franciscano era, junto con la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Soledad, uno de los más importantes de la ciudad. *“Antes de entrar al templo -relata el cronista de El Herald- ya despedía el crepúsculo; el acompañamiento iba silencioso y en respetuoso recogimiento; de repente se oye la voz de mando: “Presenten, Armas”; resuena el himno patrio, y un lujoso cuerpo de infantería con el Pabellón Nacional a la cabeza, vuelve solemnemente a hacerle los honores al Licenciado Jiménez, honores que para él se habían suspendido hacía veintisiete años. El pueblo, la clase humilde pero leal, en este acto como en todos los demás, seguía de cerca al amigo de otros tiempos, apenas conteniendo sus sencillas cuanto espontáneas manifestaciones de duelo”.* (El Herald de Costa Rica, 1897: 2-3) Los distintos testimonios recogidos insisten en el carácter espontáneo de la participación popular en las exequias del doctor Jiménez Zamora.

El cuerpo municipal participaba en pleno, aparecía como comitiva, y así se trasladaba de los espacios cerrados a los abiertos, y viceversa, para tomar parte en el velorio. Una vez que los miembros del cabildo ingresaron al interior del templo, el ataúd fue colocado en una tarima en el centro del recinto, frente al presbiterio y bajo la cúpula. Allí, precisamente, permanecería durante el oficio y la misa póstuma. El cadáver fue custodiado por un selecto cuerpo de oficiales, que hacía la guardia de honor. Una enorme fila de dolientes y curiosos pasaba frente al féretro, para echar una última mirada a don Jesús Jiménez. Era necesario acercarse a observar al muerto, para saber que verdaderamente expiró. (Zárate, 2000)

A las once de la mañana del domingo 14 de febrero, la Iglesia del Convento de San Francisco apareció ornamentada con prolífica decoración cívica y funeraria. Las campanas de San Francisco anunciaron el principio del acto litúrgico con un solemne doble, al que siguieron repiques similares provenientes de los otros templos. Cuando se inician las exequias, las tropas saludan con una descarga de fusilería y retumban los cañonazos.

El ferrocarril, símbolo y realidad de progreso, fue determinante al movilizar a los miembros del Gobierno costarricense, los cónsules extranjeros y el alto clero desde la capital hasta Cartago. El gobierno de Iglesias dispuso de dos trenes especiales. Uno partió de la Estación al Atlántico de San José a las ocho y treinta de la mañana, y el otro inició su recorrido diez minutos después. (*La Gaceta*, 1897: 146) De esta forma, el ferrocarril desempeñó un importante papel, pues los trenes expresos ‘... iban llenos de gente, a tal extremo que hasta los balcones permanecían ocupados’. (*La Prensa Libre*, 1897: 3)

Con anticipación, la comitiva oficial, el cuerpo diplomático e invitados especiales realizaron una gran procesión cívica, vistosa y bien organizada, desde la Estación del ferrocarril al Atlántico de Cartago hasta la Iglesia de San Francisco. Era la apoteosis del sentido republicano, centrada en desfiles y ceremonias luctuosas en honor de uno de los

costarricenses más ilustres. Se solaparon, por tanto, liturgias de la religión católica con las liturgias de la nueva religión cívico-patriótica.

En el Cuadro 1 se muestra el orden jerárquico de aparición de los asistentes y participantes oficiales, militares, diplomáticos, eclesiásticos y administrativos en el desfile y el ritual mortuario. Este orden se respetó a la hora de ingresar, lo mismo que al salir de la Iglesia de San Francisco.

CUADRO 1

FUNERALES DE ESTADO AL DR. JESÚS JIMÉNEZ 1897 ASISTENTES Y PARTICIPANTES
Distribución
Presidentes de los Supremos Poderes
Secretarios de Estado
Designados a la Presidencia de la República
Arzobispo de Guatemala (Dr. Ricardo Casanova y Estrada)
Subsecretarios de Estado
Diputados al Congreso Constitucional
Corte Suprema de Justicia
Cuerpo Consular
Gobernadores
Facultad de Medicina
Colegio de Abogados
Cabildo Eclesiástico*
Estado Mayor
Jefes de oficinas públicas
Invitados particulares
Fuente: <i>La Gaceta. Diario Oficial</i> , 16 de febrero de 1897, p. 148. <i>La Unión Católica</i> , 16 de febrero de 1897, p. 138. * NOTA. El Obispo Bernardo Augusto Thiel no estuvo presente en los funerales, pues se encontraba de visita pastoral en Guanacaste. En su lugar, asistió el Vicario General, Presbítero Antonio del Carmen Zamora.

10

El desfile era una oportunidad de ofrecer al pueblo una detallada representación visual de los diferentes estamentos y grupos de poder. En la puerta de la Iglesia el eclesiástico de mayor rango, acompañado del Clero presente, se encargaba del recibimiento del Jefe de Estado y de la comitiva oficial. La muerte también se exhibe. En la nave mayor de la Iglesia, arreglada con cortinajes blancos y de terciopelo negro y pasamanerías bordadas

en oro, incensarios y candelabros repletos de cirios encendidos, el severo catafalco donde yacía el cadáver del “*augusto anciano*”, quedaba casi oculto a las miradas de la multitud, del pueblo, del público, bajo innumerables guirnaldas y ramos de flores blancas con expresivas dedicatorias impresas en cintas de seda. (*El Anunciador Costa – Ricense*, 1897: 2) Según el editorialista de *La Unión Católica*, las coronas de flores simbolizaban ‘... *unas [el] cariño, y la gratitud y estimación públicas las otras*’. (*La Unión Católica*, 1897: 138)

Resaltaban las ofrendas depositadas por el Poder Ejecutivo; el Congreso; la Corte Suprema de Justicia; la Facultad de Medicina; el Colegio de Abogados; la Municipalidad de Cartago; la Junta Central de Educación y la Junta de Caridad. Las instituciones más caracterizadas de la sociedad costarricense, como la Facultad de Medicina, Cirugía y Farmacia, y el Colegio de Abogados, asumían como deber cívico la responsabilidad de que el funeral tuviera la mayor solemnidad posible.

La Iglesia de San Francisco estaba colmada de numerosa concurrencia, de todas las edades, las clases sociales y tendencias políticas, quienes escuchaban, reverentes, los acordes de la música de órgano, compuesta por el inspirado maestro de capilla, Alejandro Monestel Zamora. La parte vocal se encomendó a la señora Dolores Carranza de Bolandi, a la joven contralto Petra Rosat Bonnefil y a distinguidas señoritas de la Escuela de Música Santa Cecilia. (*El Diarito*, 1897: 1) El repertorio ejecutado por Monestel, “*sobrecogía el espíritu y hacía pensar en lo infinito é increado*”. Se destaca que el simbolismo de la “cultura de la muerte” lo comprenden todos los miembros del conjunto social, distinguidos o no, porque a todos toca. (Zárate, 2000)

Los asientos delanteros de la nave principal los ocuparon, claro está, los altos dignatarios y los miembros inmediatos de la familia Jiménez. Con arrogancia, el presidente Iglesias Castro se ubicó en un lugar preferente en las inmediaciones del coro. La jerarquización del espacio intramuros fue utilizada para definir el lugar que debían ocupar la elite de poder y los grupos populares en los responsos. De hecho, tal orden jerárquico se mantiene a lo largo de la ceremonia pública oficial, independientemente de

los espacios en que se efectúe cada uno de los actos. (Darnton, 2000: 109-147) La muerte era un acontecimiento público que la sociedad compartía diferenciadamente.

Con el *Dominus vobiscum* de rigor se inició el largo oficio religioso. Dentro del culto católico, el ceremonial de la misa expresa la fe, y en ella, se encomienda el difunto a la misericordia de Dios. Con vestiduras de gala, el Presbítero Juan de Dios Trejos celebró los actos litúrgicos, asistido por los sacerdotes Manuel Piedra, Evaristo Ibarra Casasola y Manuel Araya. (*La Unión Católica*, 1897: 138)

CUADRO 2

ORADORES OFICIALES EN LOS FUNERALES DE DON JESÚS JIMÉNEZ. CARTAGO 1897		
ORADOR GUBERNAMENTAL	NACIONALIDAD	OCUPACIÓN/PUESTO
Juan José Ulloa Giralt	Costarricense	Doctor en Medicina y Secretario de Gobernación, Policía y Fomento
Moisés Castro Fernández	Costarricense	Presidente de la Municipalidad Cantón Central de Cartago
José María Soto Alfaro	Costarricense	Secretario Facultad de Medicina, Cirugía y Farmacia.
Antonio Zambrana y Vázquez	Cubano	Doctor en Derecho, filósofo y escritor

Fuente: Jesús Mata Gamboa, *Monografía de Cartago* (Cartago, Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1999), pp. 132-135.

Concluida la misa, pronunciaron, con elegante propiedad, los discursos panegíricos en el atrio del templo franciscano, los doctores Juan José Ulloa Giralt, Moisés Castro y José María Soto Alfaro, a nombre, respectivamente, del Poder Ejecutivo, de la Municipalidad de Cartago y de la Facultad de Medicina. (Mata, 1999) Por último, el filósofo y jurisconsulto Dr. Antonio Zambrana y Vázquez, de origen cubano, pronunció una espléndida pieza de oratoria a la memoria del venerable difunto. (Véase Cuadro 2)

El argumento discursivo de los elogios fúnebres, donde alternaban el verso y la prosa, era el de la exaltación de las virtudes sociales y políticas que habían guiado la vida del prócer. Simbólicamente, aparecería ante los ojos de la multitud expectante, con una aureola de santidad digna de emularse, ya que se esperaba que don Jesús Jiménez se convirtiera en una fuente de inspiración popular. En efecto, el prócer objeto del homenaje, se convertía en un parangón de probidad y de virtudes morales y cívicas. Don Jesús Jiménez, coronado de laureles, pasaría a encarnar, por así decirlo, la personificación de la *“república genuina”*. Ante los escuchas, él era nada menos que: un *“nuevo Moisés”*, insigne demócrata, el *“Washington de Costa Rica”*, un sabio legislador, padre y protector del pueblo. La honestidad, la sencillez, la benevolencia y filantropía, la laboriosidad, el espíritu de sacrificio y la abnegación por la madre patria, encabezan la lista de virtudes de la figura evocada. El comentarista de *La República*, al referirse a los discursos retóricos, aseveró que *“... todos los oradores estuvieron oportunos y bien inspirados; hicieron la debida justicia a los méritos del ilustre difunto”*. (*La República*, 1897: 2)

No hubo ninguna elegía por parte de las autoridades eclesiásticas. Al respecto, se refirió *“Un Cartaginés”* (seudónimo del periodista y literato Ramón Matías Quesada Valerín) en la extensa crónica publicada en *El Heraldo de Costa Rica*: *“Solamente la iglesia, que con tanta suntuosidad se presentó en los funerales del Dictador Guardia, no tuvo un representante que hiciera la oración fúnebre no digamos del ex – Presidente, pero sí del creyente sincero y convencido”*. (*El Heraldo de Costa Rica*, 1897: 3) La Iglesia Católica se concebía como la reserva moral legitimada por la sociedad, incluso por

sectores que políticamente se oponían a ella. No obstante, se puede concluir que el púlpito secular había desplazado al púlpito religioso.

Una vez terminados los discursos, la enorme afluencia que acompañaba al coche fúnebre tirado por caballos muy ataviados, se dirigió al Cementerio General, al compás de una batería de seis cañones y un selecto batallón de infantería que enarbolaba las banderas tricolores de la patria, y ejecutaba grave música marcial. En el proceso de invención de la tradición patria, es significativo el uso y despliegue de símbolos cívicos unidos a un ritual específico. (Hobsbawn y Ranger, 2002) Al tenor de la marcha funeraria, las campanas de las iglesias de la vetusta ciudad, una cerca, otras distantes, tañían el réquiem por el alma del expresidente de la República. *El Anunciador Costarricense*, en su edición del 16 de febrero de 1897, describió el momento de la siguiente manera: “... *el espectáculo que se ofrecía á la vista era imponente y magestuoso (sic); el estampido del cañón atronaba los aires, las bandas marciales tocaban fúnebres marchas, y aquella inmensa concurrencia, todo sobrecogía el alma y la llenaba de religioso respeto y veneración*”. (Ibíd, 1897: 2)

14

La multitud –como espectadora- apretujaba la avenida del cementerio y las calles laterales, las cuales estaban adecuadamente ornamentadas con cortinajes negros y banderolas enlutadas. “*En el semblante de aquella inmensa multitud –acota un editorialista de El Diarito- se notaba el sentimiento profundo por tan triste pérdida*”. (El Diarito, 1897: 1) Vale señalar que el cortejo fúnebre mostraba al público en su dolor. (Zárate, 2000). Portaban los listones del féretro, el Ministro de Gobernación, el Primer Designado a la Presidencia de la República, el Vicepresidente de la Corte Suprema de Justicia, el Gobernador de la provincia de Cartago y el Fiscal de la Facultad de Medicina, Cirugía y Farmacia. Los miembros de la Compañía de Preferencia, dignamente vestidos con sus uniformes militares, fueron uno de los protagonistas en el funeral y la inhumación.

En una tribuna enlutada, ubicada frente al local de la Sociedad de Artesanos del Distrito Segundo de Cartago (creada en 1890), don Clodomiro Picado Lara –profesor del

Colegio de San Luis Gonzaga- pronunció una sentida oración de estilo. En su discurso a la masa reunida, Picado reconocía a Jesús Jiménez como ‘*eximio estadista*’, ‘*protector de las ciencias*’, ‘*fundador de institutos de enseñanza*’ e ‘*infrangible égida de la Instrucción Pública*’. Y, frente al camposanto, se instaló otra tribuna, donde el abogado e historiador, Dr. Francisco Montero Barrantes, hizo una alocución, ‘*que conmovió á cuantos le oían, por sus frases tan elocuentes, tan sentidas*’. (*La Prensa Libre*, 1897: 3) Según Anthony Smith, los muertos ‘*proporcionan a los vivos y a los que aún no han nacido las moralejas públicas que pueden orientar sus vidas y conformar el destino de su comunidad*’. (Smith, 1998: 74)

Sus restos mortales fueron sepultados -y todavía descansan hoy- en una sobria tumba emplazada en la sección principal de la necrópolis cartaginesa, entonces rodeada de sauces y cipreses. Cerca de las dos y media de la tarde finalizó el ritual cívico – religioso, y la Vieja Metrópoli ‘*... volvió a entrar en el silencio de costumbre, tan justo esta vez como explicable, tratándose de reliquias patrias, o lo que es lo mismo de una excelente personificación de la República genuina*’. (*El Heraldo de Costa Rica*, 1897: 3) El redactor de *El Pabellón Liberal*, en su comentario publicado el 16 de febrero, expresaba, entre otros conceptos que: ‘*... las honras fúnebres del señor Jiménez estuvieron á la altura del justo dolor que la patria reconocida experimenta por tan irreparable pérdida*’. (Ibíd, p. 3)

‘*En conformidad con los programas y disposiciones oficiales, se verificó... en Cartago, con solemnidad y pompa extraordinarias, el entierro que bien podría calificarse de acontecimiento nacional, del Benemérito don Jesús Jiménez; y de acontecimiento nacional decimos que podría calificarse por el número inmenso de gentes que... se encontraba reunido á la hora de la eterna despedida*’, escribiría luego un comentarista. (*La Gaceta*, 1897: 148)

Un cronista de *La Prensa Libre*, del 16 de febrero de 1897, realizaba las impresiones que los imponentes funerales habían fijado en el imaginario colectivo de los costarricenses: ‘*Las descargas de las tropas militares de Cartago y San José pusieron*

fin a todo: el Licenciado don Jesús Jiménez quedó en su última morada, los que lo acompañamos, volvimos con el corazón oprimido a nuestros lugares: habíamos cumplido ya el deber de dignos costarricenses, de conciudadanos del que trabajó tanto por el engrandecimiento y honra de nuestra patria''. (Ibíd., p. 3)

Ulteriormente, el editorialista de *La Gaceta Médica de Costa Rica*, del 1 de marzo de 1897, decía que el Dr. Jesús Jiménez actuó -en todas las elevadas posiciones que desempeñó en la administración pública- con “*pericia y rectitud*”, por lo que su nombre figuraría en la historia patria “*con caracteres de oro, como uno de sus hijos predilectos*”. (*La Gaceta Médica de Costa Rica*, 1897: 297)

¿De qué nos habla el funeral, en Cartago, de Jesús Jiménez, celebrado en 1897? La puesta en escena de una constelación de sentimientos, imágenes y fastos en ocasión de la muerte de Jiménez Zamora se ofrecía como un ámbito simbólico en que las autoridades políticas y los sectores populares unificaban lealtades, aunándose en el culto a la nación y la reverencia y la veneración de los restos mortales de uno de sus “padres fundadores”. El ceremonial y el ritual fúnebre, los discursos y la iconografía en honor al Jesús Jiménez simbólico, constituirían, a la postre, una nueva forma de socializar el ideario liberal y el discurso del Estado central, teniendo como marco eventos solemnes y sofisticados. En adición a lo anterior, ¿qué es lo que se quiso expresar a través del esplendor del homenaje póstumo rendido al prócer? La conmemoración fúnebre es un evento único, que tiene un aura de singularidad, y es efectivamente esa función de singularidad, que hace que la propuesta cívica del Estado Liberal, en el marco de las exequias, sea aún más atractiva para las elites y la participación ciudadana. En 1903, la figura de Jesús Jiménez, reverenciada con devoción cívica y pasión ideológica por los liberales de todo cuño, alcanza su cúspide, con la inauguración de una estatua en su honor.

3. Epilogo: Don Jesús Jiménez convertido en estatua

Tras la muerte y honras fúnebres del Dr. Jesús Jiménez Zamora -quien por méritos propios había ascendido al templo de Clío- el periodista y general origen colombiano asentado en la Vieja Metrópoli, Francisco Serrano, interpelló a la corporación municipal con el fin de que se levantara una suscripción destinada a elaborar un monumento póstumo al “perínclito hijo de esta ciudad”. La idea de Serrano no se materializó y la inquietud por levantar el monumento debió esperar otro impulsor. Así, el 11 de abril de 1897, se formó un Comité presidido por el abogado, político e historiador y futuro presidente Cleto González Víquez, el cual emitió una serie de mensajes tendientes a financiar la representación plástica en bronce. (González, 1979: 199). La suscripción popular de fondos involucró a mucha gente aunada para recordar a un *pater patriae*. A lo largo de 1897, se formaron comisiones en las provincias y comarcas costarricenses, y de esta manera, en poco tiempo, el homenaje escultórico a Jiménez Zamora se convirtió en una empresa patriótica de dimensión nacional.

17

Es evidente la percepción que se tenía de la imagería cívica como elemento clave en el proceso de difundir una pedagogía histórica colectiva, homogénea y nacional. (Agulhon, 1994) Cabe señalar que el monumento a Jesús Jiménez, realizado por el escultor venezolano formado profesionalmente en Alemania, Eloy Palacios Cabello (1847-1919), se exhibió en la muestra anual de bellas artes del Palacio Real de Munich a principios de 1901 y posteriormente se trasladó a Costa Rica. La estatua se inauguró el jueves 18 de junio de 1903, seis años después de lanzada la convocatoria para su erección, en un parque construido sobre la antigua plaza de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen. La develización del bronce coincidió con la conmemoración de los ochenta años del natalicio del Benemérito de la Patria. El presidente Ascensión Esquivel Ibarra (1902-1906) descorrió el velo que lo cubría al compás del Himno Nacional, uniendo figura y nación. Los alumnos de las escuelas públicas y del Colegio de San Luis Gonzaga tuvieron destacada participación entonando –firmes- el Himno Nacional, con la letra de Juan Fernández Ferraz. Completaron el acto multitudinario un desfile de funcionarios estatales y municipales e invitados especiales por las principales

calles del casco urbano, el despliegue del pabellón nacional, cánticos patrióticos, lectura de discursos y colocación de coronas florales al pie de la estatua por la niñez y juventud estudiosa. (Brenes, 2001) Tal y como lo plantea Natalia Majluf, la vida de un monumento público no termina sino que comienza con su inauguración. (Majluf, 1994: 35) La magnífica escultura de unos 2,5 metros de altura, y acorde con la dignidad de un prócer de la patria, se sustentaba en la ofrenda de todo un pueblo. Desde el sobrio pedestal de granito que le fue consagrado a inicios del siglo XX, la estatua de don Jesús Jiménez guarda todo lo que sucede en la ciudad de Cartago, mientras el retrato al óleo de este mismo personaje decora el Salón de Expresidentes de la República de la Asamblea Legislativa. Con esas imágenes plásticas es como ha pervivido en el repertorio iconográfico nacional.

Fuentes primarias

Manuscritas

Lista de abreviaturas

ANCR: Archivo Nacional de Costa Rica.

AMC: Archivo Municipal del Cantón Central de Cartago.

Archivo Nacional de Costa Rica (ANCR)

Serie	Año	Nº Documento	Folios
Congreso	1897	3540	3–3v

Archivo de la Municipalidad del Cantón Central de Cartago (AMC)

Año	Nº de Libro de Actas	Folios
1897	24	20–23

Impresas

Biblioteca Nacional Miguel Obregón Lizano Hemerografía

El Anunciador Costa–Ricense. 16 de febrero de 1897, p. 2

El Diarito. 16 de febrero de 1897, p. 1.

El Heraldo de Costa Rica. Diario del Comercio. 13 de febrero de 1897, pp. 2-3.

El Heraldo de Costa Rica. Diario del Comercio. 21 de febrero de 1897, pp. 2–3.

El Pabellón Liberal. 13 de febrero de 1897, p. 2.

El Pabellón Liberal. 16 de febrero de 1897, pp. 2–3.

La Gaceta. Diario Oficial. 14 de febrero de 1897, p. 146.

La Gaceta. Diario Oficial. 16 de febrero de 1897, p. 148.

La Gaceta Médica de Costa Rica. 1 de marzo de 1897, pp. 297–298.

La Prensa Libre. 13 de febrero de 1897, p. 3.

La Prensa Libre. 16 de febrero de 1897, p. 3.

La República. 14 de febrero de 1897, p. 3.

La República. 16 de febrero de 1897, p. 2.

La Unión Católica. 16 de febrero de 1897, p. 138.

Bibliografía

- AGULHON, MAURICE, *Historia Vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea* (México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994).
- ANDERSON, BENEDICT, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000).
- _____, *The spectre of comparisons. Nationalism, Southeast and the World* (London: Verso, 2000).
- ARGÜELLO MORA, MANUEL, *Obras literarias e históricas* (San José: Editorial Costa Rica, 1963).
- ARIÈS, PHILIPPE, *Morir en Occidente: desde la Edad Media hasta la actualidad* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2000).
- BIRNBAUM, PIERRE, “Nacionalismo a la francesa”. En: Delannoi, Gil y Pierre-André Taguieff, comps, *Teorías del nacionalismo* (Barcelona: Editorial Paidós, 1993), pp. 181-201.
- BONILLA, HAROLD, *Los Presidentes* (San José: Editorial Texto Limitada, 1985).
- BRENES TENCIO, GUILLERMO, “La imagen querida del varón modesto y honrado. La develización de la estatua a Jesús Jiménez Zamora, el 18 de junio de 1903”. En: *Herencia*, Vol. 13, Nro. 1, San José (2001), pp. 35- 48.
- DARNTON, ROBERT, “Un burgués pone orden en su mundo: la ciudad como texto”. En: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* (México: Fondo de Cultura Económica, 2000), pp. 109-147.
- ECHEVERRÍA AGUILAR, MANUEL, “La vida de don Jesús Jiménez fue limpia tanto en el hogar como en el Palacio. Crónicas y anécdotas (época de 1863 a 1870)”. En: Zeledón Cartín, Elías, comp, *La vida cotidiana de nuestros abuelos. 1801-1910. Crónicas* (San José: Editorial Costa Rica, 2004), pp. 73-83.
- FERNÁNDEZ BRAVO, ÁLVARO, comp, *La invención de la nación* (Buenos Aires: Manantial, 2000).
- FERRER, EULALIO, *El lenguaje de la inmortalidad. Pompas fúnebres* (México: Fondo de Cultura Económica, 2003).
- FUMERO VARGAS, PATRICIA, “Imaginería cívica: monumentos y estatuas. Complemento cultural del poder”. En: *Avance de Investigación*, Nro.13 (San José: Centro de Investigaciones en Identidad y Cultura Latinoamericanas, Universidad de Costa Rica, 1998).
- GONZÁLEZ VÍQUEZ, CLETO, *El sufragio en Costa Rica ante la historia y la legislación* (San José: Editorial Costa Rica, 1979).
- HARWICH VALLENILLA, NIKITA, “La historia patria”. En: Annino, Antonio y François-Xavier Guerra, comps, *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 2003), pp. 533-549.
- HOBBSBAWN, ERIC y TERENCE RANGER, eds, *La invención de la tradición* (Barcelona: Editorial Crítica, 2002).
- IGLESIAS FLORES, PEDRO, “Apuntes históricos”. En: *Memoria de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica*, Año I, Nro. 4, San José (noviembre 1949), pp. 10-24.
- MAJLUF BRAHIM, NATALIA, *Escultura y espacio público. Lima, 1850-1879* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1994).

- MATA GAMBOA, JESÚS, *Monografía de Cartago* (Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1999).
- MÍNGUEZ CORNELLES, VÍCTOR y MANUEL CHUST, eds, *La construcción del héroe en España y México, 1789-1847* (Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2003).
- OBREGÓN QUESADA, CLOTILDE, *Nuestros Gobernantes: verdades del pasado para comprender el presente* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999).
- OTÁROLA DURÁN, FLORY, “Ruega por las ánimas”. En: *Revista de Ciencias Sociales*, Vol. I, Nro. 99, San José (2003), pp. 121–136.
- PALMER, STEVEN, “Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica, 1848-1900”. En: *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica, 1750-1900* (San José: Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Porvenir, 1992), pp. 169-205.
- PÉREZ VEJO, TOMÁS, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas* (Oviedo: Ediciones Nobel, 1999).
- PROST, ANTOINE, *Doce lecciones sobre la historia* (Madrid: Ediciones Cátedra, 2001).
- QUESADA CAMACHO, JUAN RAFAEL, *Historia de la historiografía costarricense, 1821-1940* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001).
- SMITH, ANTHONY, “Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales”. En: *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 60, Nro. 1, México (enero–marzo, 1998), pp. 61-80.
- SOTO HALL, MÁXIMO, *Un vistazo sobre Costa Rica en el siglo XIX. 1800-1900* (San José: Tipografía Nacional, 1901).
- VARGAS ARIAS, CLAUDIO, “Historia política, militar y jurídica de Costa Rica”. En: Botey Sobrado, Ana María, coord., *Costa Rica: desde las sociedades autóctonas hasta 1914* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2002), pp. 295-326.
- VARGAS CALVO, GUILLERMO, *El Benemérito Licenciado don Jesús Jiménez, 1823–1903* (San José: Tipografía Nacional, 1903).
- VILLENA FIENGO, SERGIO, “La imaginación mediática de la nación”. En: *Reflexiones*, Vol. 81, Nro. 2, San José (2002), pp. 21-32.
- ZARATE TOSCANO, VERÓNICA, *Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonias y memoria. 1750–1850* (México: El Colegio de México - Instituto Mora, 2000).